

ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DE LAS RELACIONES HOMBRE-NATURALEZA Y LAS TAREAS DEL GEOGRAFO

José A. García Gatica
Universidad de Playa Ancha

Uno de los numerosos aspectos de la crisis que, desde a lo menos una década, vive la humanidad se refiere a las relaciones entre el hombre y la naturaleza. En realidad esta dimensión de la crisis global que afecta a la sociedad parece ser muy anterior, aunque menos espectacular, que la de las instituciones sociales y políticas. Así al menos lo demuestra la enorme masa de literatura, investigaciones, seminarios, paneles y foros que, patrocinados por las más variadas instituciones y organizaciones, se han ocupado de este tema durante los últimos 40 años. La Cumbre de Río a la que asistieron unos 120 Jefes de Estado, convocados por las Naciones Unidas para firmar una Carta de la Tierra, no hace más que confirmar el carácter global de esta crisis y la preocupación que a nivel planetario ella suscita.

El objetivo de estas líneas es reflexionar sobre los efectos que esta crisis tiene para la geografía, no en tanto ciencia que se ocupa específicamente de las relaciones hombre- naturaleza e intenta elaborar teorías explicativas de ellas, sino desde el punto de vista de la geografía como "profesión", es decir, como el conjunto de acciones que, en la práctica, expresan esas relaciones.

Lo que pretendemos aquí es, entonces, reflexionar sobre la tarea del geógrafo¹ bajo las condiciones que le plantea dicha crisis y que necesariamente deberá asumir como el marco dentro del cual toda su actividad profesional se desarrolla en la actualidad.

A lo largo de su evolución, el hombre ha establecido distintas formas de relación con la naturaleza. Ellas tienen un carácter eminentemente histórico, en la medida en que han respondido a las condiciones concretas de la sociedad en cada momento de su desarrollo y han evolucionado a medida que el hombre ha ido adquiriendo un conocimiento cada vez mayor de la naturaleza de las leyes que explican su origen, su existencia y desarrollo y de sus posibilidades para la subsistencia y reproducción de sí mismo y para el mejoramiento de sus propias condiciones de vida. Pero también las relaciones entre el hombre y la naturaleza se han ido modificando a medida que el desarrollo tecnológico le ha permitido disponer de instrumentos cada vez más poderosos y eficientes para obtener de la naturaleza todos aquellos bienes

1 *Al referirnos a la geografía en tanto práctica de las relaciones entre los hombres y la naturaleza, pensamos que, de una u otra forma, todos los agentes sociales de esas relaciones son en cierta medida "geógrafos", sin embargo, nuestra reflexión se orienta esencialmente al "geógrafo profesional", es decir, a aquel especialista que tiene como función específica ocuparse de las relaciones entre el hombre y la naturaleza y en primer lugar, de la organización del espacio en función de los objetivos generales de la sociedad*

y servicios que necesita para satisfacer sus necesidades.

El conocimiento de la naturaleza y el desarrollo tecnológico, por una parte, han modificado la visión que el hombre ha tenido de la naturaleza y por otra parte, le han permitido a éste conocer los efectos que sobre ella tienen sus acciones, lo que ha sido determinante en la capacidad de previsión del comportamiento de la naturaleza.

De esta manera y a través de los desarrollos mencionados, el hombre ha ido estableciendo distintos modos de relacionarse con la naturaleza. En una primera etapa -la más extensa de la historia de la humanidad- considera a la naturaleza simplemente como proveedora, la madre nutricia, la "madre naturaleza". El hombre extrae, recolecta, lo que ella le proporciona. Se instala en la naturaleza y vive de ella. Es una acción predatoria, pero que no alcanza nunca magnitudes devastadoras; primero, porque esta relación puramente extractiva está autorregulada por la propia naturaleza y por las respuestas, esencialmente biológicas, del hombre: tasas de natalidad y fecundidad, tasas de mortalidad, movilidad, etc.

Paulatinamente, sin embargo, el hombre va adquiriendo un conocimiento de los mecanismos de existencia y sobre todo, de reproducción de la naturaleza y descubre así que puede utilizarlos en su propio beneficio. Empieza, entonces, a usar la naturaleza para producir los bienes -alimentos, vestuario, vivienda, etc.- que necesita para su supervivencia y desarrollo.

Simultáneamente, el hombre crea un arsenal cada vez más complejo de herramientas que le

permiten aumentar considerablemente su eficiencia en el uso de la naturaleza.

La actitud humana frente a la naturaleza también cambia. Esta sigue siendo la fuente en que encuentran satisfacción sus necesidades esenciales, pero, poco a poco, el hombre va adquiriendo una cierta distancia respecto a ella. Ya no es solamente la "madre" proveedora; imperceptiblemente empieza a ser también colaboradora, "socia", en la empresa del desarrollo del hombre y la sociedad.

La relación de uso que el hombre establece con la naturaleza lo conduce paulatinamente a adquirir la convicción de su superioridad sobre ésta. Ve cada vez más a su alcance la posibilidad de cumplir lo que, después de todo, -para buena parte de la humanidad - no era más que un mandato divino: "Después dijo Dios: 'Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza; y domine sobre los peces del mar y las aves del cielo, sobre las bestias domésticas y sobre toda la tierra'" (Génesis, 1, 26). Dios no sólo los había instituido amos del universo, les había ordenado la búsqueda de la felicidad y su reproducción en el sometimiento de la naturaleza: "Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; y dominad sobre los peces del mar y las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra". (Génesis, 1, 28).

El hombre ya no considera a la naturaleza como "madre nutricia"; ni siquiera como su colaboradora. Simplemente la transforma en su servidora. El es el señor, el amo, que puede disponer de ella a voluntad.

La Revolución Industrial significó una transformación profunda en los modos de relación

del hombre con la naturaleza y en el carácter de esa relación. Gracias al acelerado desarrollo tecnológico, el hombre pudo centuplicar su acción dominadora, pero, sobre todo, el capitalismo lo llevó a considerar a la naturaleza ya no sólo como un bien de uso, sino que cada vez más como un bien de cambio. La naturaleza es así sometida a la ley del mercado: es objeto de compra y venta y de especulación; se la considera un bien de capital o "como 'equipo' que presta servicios productivos" (Herfindah, 1970). Pasa, en fin, a ser un factor productivo más y como tal se la somete a explotación.

En estas condiciones, el hombre se aleja cada vez más de la naturaleza. Lejos está el concebirla como "madre" o como asociada a su objetivo de desarrollo. La ha transformado en un objeto y el hombre se sitúa, por lo tanto, fuera de ella.

En este largo camino de transformación de sus relaciones con la naturaleza, desde la "madre natura" hasta el objeto sometido y explotado, el hombre ha ido introduciendo profundas modificaciones en ella, en un proceso ascendente de artificialización, provocando así transformaciones muy profundas en su propio ambiente, al que se verá obligado a adaptarse (Gastó y Gallardo, 1985)

A partir del momento en que el hombre se siente amo de la naturaleza, dominador primero y luego explotador, adquiere la convicción de que, puede, también transformarla a voluntad.

Jean Bodin, en pleno S. XVI, cree ya que la naturaleza no puede condicionar al hombre: "Comienzo por establecer -escribe en su "Methodus"- que ninguna influencia así de los lugares como de los cuerpos celestes, implica una necesidad

absoluta" (Bodin, 1566), y que por el contrario, el hombre es perfectamente capaz de modificarla. En la "République" no vacila en señalar "hasta qué punto la formación moral,² las leyes y las costumbres son capaces de cambiar la naturaleza." (Bodin, 1593)

En Bodin, el pragmatismo del naciente espíritu capitalista y el racionalismo del teórico del poder se imponen a sus supuestas simpatías hugonotas, para afirmar que el orden divino, el plan de Dios respecto de la naturaleza, puede ser modificado por el hombre (Dockés, 1969)

Pero el orden divino no puede ser sustituido por el desorden instaurado por el hombre en sus nuevas relaciones de dominación y explotación de la naturaleza. La sola iniciativa privada de banqueros, comerciantes, empresarios o terratenientes, en busca del lucro rápido y fácil y regida tan sólo por las leyes de la competencia y, en definitiva, por la dominación del más fuerte sobre los más débiles, se traduce en una naturaleza objeto de costosas luchas y en un espacio desorganizado que limitan el "progreso de la Nación" y que, por lo tanto, no contribuyen al reforzamiento del poder del soberano.

Los economistas de los siglos XVII y XVIII analizan las formas de organización de los espacios nacionales y sus relaciones -circulación internacional del dinero, de bienes, servicios y personas- desde la perspectiva del equilibrio y el desequilibrio espacial. En otras palabras, desde el punto de vista del "orden" y el "desorden" en la organización del espacio. Sin embargo, todos ellos recalcan, también, la importancia del rol del Estado

2 *Bodin utiliza la expresión "nourriture", literalmente "alimento", en el sentido que le daban a esta palabra los moralistas y humanistas del Renacimiento, esto es, como "alimento" del espíritu, formación moral o educación*

en la mantención o en la pérdida de los equilibrios espaciales (Dockés, 1969)

Surge así, junto con el afianzamiento del poder central de los monarcas absolutos, la idea de la necesidad de la intervención y regulación en los procesos de estructuración y organización del espacio.

Vauban, en la segunda mitad del S.XVII, expresa mejor que nadie esta preocupación. Funcionario y consejero de Luis XIV, Vauban no es sólo un teórico, es también y en primer lugar, un hombre de acción, el primer geógrafo "profesional" moderno. Sus proposiciones nacen de la observación metódica y sistemática de la realidad a lo largo de sus innumerables viajes a través de Francia, organizando las defensas y estableciendo las fronteras que darían al Rey Sol y a Francia la hegemonía sobre las naciones de Europa.

Vauban busca, ciertamente, el engrandecimiento del Soberano, es decir, del Estado, pero está convencido de que el destino de éste está estrechamente vinculado a la suerte de sus súbditos y que, por lo tanto, el primer interés del monarca sólo puede residir en el bienestar de la Nación (Gottman, 1944).

A lo largo de sus viajes y trabajos prácticos, Vauban ha podido "a menudo dar curso a [sus] reflexiones y anotar lo bueno y lo malo de las [distintas] regiones, examinar el estado y la situación en que se encuentran éstas y sus pueblos, cuya pobreza a menudo ha movido mi compasión, motivándome a buscar las causas" (Vauban, 1707)

Respecto de éstas, Vauban discrepa de las teorías mercantilistas y estima que "no es la gran

acumulación de oro y plata lo que hace grandes y ricos a los reinos..." La verdadera riqueza de un reino consiste en la abundancia de aquellos bienes que son necesarios para la mantención de los hombres y sin los cuales éstos no pueden existir. "(Vauban, 1707). Vauban se ocupa, entonces, de la organización espacial de la producción y de la circulación de los bienes.

La responsabilidad de la tarea incumbe, según Vauban, al Estado, al Soberano, principal agente de la organización racional del espacio con el objetivo del interés general, que no es otro que el progreso de la Nación, el mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes y, en última instancia, el afianzamiento del poder real.

Vauban es un cartesiano; cree en la razón como medio para el conocimiento de la naturaleza y de las relaciones que en ella se dan. Toda acción tendiente a organizar las actividades del hombre en el espacio debe descansar en el conocimiento científico de la realidad y, por lo tanto, en una adecuada información acerca de la población, los recursos naturales, la producción, el comercio, etc. Subraya, al mismo tiempo, la importancia de contar con una correcta base cartográfica.

La información es para Vauban no sólo un medio para actuar con eficacia. Es también un instrumento del poder del monarca ya que permitiría al Soberano "recorrer, en su gabinete de trabajo, en el espacio de una hora, el estado presente y pasado de ese gran Reino de que es el Soberano y ver y conocer perfectamente, por sí mismo, en qué consiste su grandeza, su riqueza y su poder; ver claramente la felicidad o la miseria de su pueblo y cómo promover una y remediar la otra." (Vauban, 1707)

Vauban representa una nueva tendencia en las formas de organizar las relaciones de dominación y explotación de la naturaleza: la creciente intervención del Estado como agente principal en la organización del espacio. Podemos considerar que con él se inaugura la idea de la planificación central del espacio.

Los mercantilistas franceses e ingleses de los siglos XVII y XVIII - Montechrézien, Boisguillebert o Galliani, en Francia y Mun, Child, Temple o Steuart, en Inglaterra- concebían al Estado como uno de los motores de la relocalización de las empresas, del desplazamiento de los hombres y de los capitales entre los países o al interior de una misma nación. El Estado debe, sin embargo, buscar la instauración de desequilibrios³ que expresen y sirvan para asegurar la hegemonía nacional en el comercio internacional. Para ellos, que razonan en términos de dominación y de supremacía de una nación sobre las demás, el Estado debe orientar su política a crear los medios que le permitan, por una parte, atraer hombres, capitales e industrias desde las otras naciones y, por otra, fomentar la exportación de su producción buscando alcanzar el mayor saldo comercial positivo posible. En otras palabras, para los mercantilistas, la búsqueda por parte del Estado de los desequilibrios es no sólo deseable sino necesaria para el logro de la supremacía nacional.

3 *Para los economistas de esta época, el espacio presenta desequilibrio cuando en él existe un centro y éste mantiene relaciones asimétricas con el resto del espacio, es decir, cuando el desplazamiento de las personas, de los bienes y servicios y de los capitales, se da en un solo sentido, el que no se invierte jamás y, por último, cuando el crecimiento del centro no es el producto del crecimiento de la región sino que de la explotación de ésta*

Las fisiócratas -Quesnay, Turgot- y los liberales -Condillac, A. Smith- del S.XVIII, en cambio, no creen en los desequilibrios necesarios.

Para los primeros, los desequilibrios creados por el desarrollo urbano han contribuido al despoblamiento del campo, "que es la única fuente de las verdaderas riquezas del Estado" (Quesnay, 1756); para los segundos, todo intento de establecer un centro dominante del espacio y de las relaciones espaciales, a nivel nacional o internacional, es no sólo perjudicial para la nación que lo intente y para el resto de las naciones del mundo, sino que estaría condenado al fracaso, en la medida en que existen mecanismos que tienden siempre a equilibrar los circuitos intranacionales e internacionales.

Si fisiócratas y liberales coinciden en la necesidad de un espacio equilibrado y en el rol importante que le asignan al Estado como factor de su mantención o ruptura, ambas corrientes discrepan en cuanto al valor que atribuyen a la intervención estatal.

Mientras para los fisiócratas el Estado tiene el deber de asumir un rol activo en la promoción de los equilibrios, los liberales ven esa participación con desconfianza y preferirían que el Estado se abstuviera de toda intervención, permitiendo así que sean los propios mecanismos del mercado los que restablezcan los equilibrios necesarios para la libre circulación de personas, bienes y capitales.

Esta apreciación del rol del Estado por los liberales de finales del S. XVIII anuncia y prefigura lo que será la orientación preponderante del pensamiento económico y del propio Estado durante el S. XIX.

Sin embargo, uno de los hechos más notables y que diferencian en este sentido a las concepciones económicas y políticas del Antiguo Régimen de las del S. XIX, es la sombría desvinculación que se produce en los economistas entre fenómenos económicos y espacio.

La razón de este divorcio -y a veces casi desprecio- de los economistas por la dimensión espacial de los fenómenos, tal vez haya que buscarla en la fe casi ciega de los intelectuales decimonónicos en la ciencia y en la capacidad ilimitada de la inteligencia humana, ya no sólo para dominar y controlar a la naturaleza sino, incluso, para crearla. La inteligencia y el trabajo elevan así al hombre a la categoría de demiurgo: "La inteligencia es, en su especie, una capacidad infinita como el espacio y la eternidad." (Proudhon, 1872). De esta manera y gracias a "la división del trabajo, las máquinas, el comercio, el crédito y todo el aparato económico, la tierra ofrece al hombre recursos infinitos: entonces se extiende ante el que la explota..." (Proudhon, 1872).

En esas condiciones, el espacio y la propia naturaleza se presentan como infinitos e inagotables. El hombre sólo tiene que usar la naturaleza, explotarla, para extraer de ella todo cuanto necesita. El acelerado desarrollo de medios y modos de transporte cada vez más eficientes, rápidos y masivos, ha reducido, se piensa, el carácter limitante del espacio y el valor relativo de la localización.

Si la naturaleza se torna insuficiente para proporcionar los bienes que los hombres necesitan, siempre queda el recurso de la ocupación de nuevos

territorios, casi vírgenes, casi desiertos, en otros continentes. Y si aún así, si a pesar de la expansión colonial, una parte de la población no logra satisfacer plenamente sus necesidades, se recurre a la emigración hacia otros espacios, donde la naturaleza todavía conserva toda su riqueza y solamente espera la llegada de quienes, gracias al avance de la ciencia y de la técnica y a su inteligencia y capacidad creadora sin límites, podrán hacerla producir todos sus frutos.

No existe entonces ninguna razón para que el Estado intervenga activamente en los procesos de organización y ordenamiento del espacio. Su rol sólo debe limitarse a permitir, facilitar y proteger la circulación y la expansión de bienes, capitales y personas.

La planificación como modo de relación entre el hombre y la naturaleza, es el resultado de un largo proceso de evolución de las condiciones materiales de la sociedad, de sus modos de organización y pensamiento. Es posible distinguir siete modos de pensamiento que son característicos de la planificación. El pensamiento planificador debe ser objetivo, análítico, integrador, proyectivo, experimental, utópico y debe poseer una visión estética (Friedmann, 1959). Es evidente que estas distintas formas de pensamiento se han encontrado en diferentes momentos del desarrollo de la humanidad y en diversas sociedades, pero sólo en la planificación se presentan juntas y simultáneamente para avanzar hacia la solución de un problema determinado (Friedmann, 1959).

Sin embargo, la existencia en un momento dado, en el seno de una sociedad, de todas estas formas de pensamiento, no se traduce, mecánicamente, en la

adopción de un proceso de planificación. Esto sólo surge, bajo esas condiciones, primero, como la respuesta a una necesidad y segundo, como la expresión de la voluntad de planificar.

Por otra parte, la planificación es una expresión de la razón, del pensamiento racional. Friedmann ha señalado que "la planificación representa la acción de la razón en la historia" (Friedmann, 1959), en el sentido de que representa todo esfuerzo deliberado para aumentar la proporción de las metas y objetivos logrados, incrementando el grado de consideración y de comprensión de los factores involucrados en las opciones que forman parte de toda toma de decisión (Dahl, 1959).

Durante los siglos XVII y XVIII, la sociedad europea occidental llegó a presentar muchas de las condiciones necesarias para que se iniciara un proceso de planificación. La mayor parte de las formas del pensamiento planificador fueron alcanzadas durante esa época. Por otra parte, ella se presentaba como una necesidad para el propio poder de los monarcas absolutos, a los que, por lo demás, no les faltaba ni la fuerza ni la voluntad para intervenir activamente en las relaciones sociales y económicas de sus naciones. En ese sentido, la política del Despotismo Ilustrado es, sin duda, la que más se aproximó a lo que hoy consideramos como políticas "centralmente planificadas". Sin embargo, la toma de decisiones a nivel central de los déspotas ilustrados, si bien generalmente fue concebida como un proceso racional, se vio dificultada y limitada por las condiciones de atraso que presentaban las propias sociedades objeto de esas decisiones.

En efecto, en la mayor parte de las naciones europeas no existían estructuras sociales suficientemente "modernas", es decir, con una economía ampliamente monetarizada, con grados importantes de urbanización. Carecían de una "intelligentsia" técnica y científica numerosa y de un sistema institucional bien estructurado, de carácter impersonal y basado en el derecho y la responsabilidad funcionaria.

Menos aún existía un adecuado sistema de recolección y análisis de la información y su correspondiente sistema de comunicaciones, capaz de hacer que las decisiones y la información pudieran alcanzar en poco tiempo y desde cualquier punto del sistema, todos los niveles de este.

Durante el S. XIX, en cambio, estas condiciones avazaron considerablemente, en la medida en que se difundían y generalizaban la Revolución Industrial y el capitalismo. No obstante, adquieren relevancia, sobre todo en las naciones materialmente más avanzadas, otros factores que dificultan e incluso se oponen a los procesos racionales de toma de decisión a nivel del Estado. Ellos son la ideología y los poderes políticos y económicos.

El S.XIX es el siglo de las ideologías: liberalismo, socialismo, nacionalismo, positivismo, son algunos de los más importantes movimientos ideológicos que surgen en el siglo XIX y sus seguidores siempre privilegiarán los "principios" a la razón y a la comprobación experimental, sobre todo cuando éstos contradicen a aquellos.

Por otra parte, el objetivo de la planificación es el interés general de la sociedad, lo que se contrapone con el desarrollo y fortalecimiento, a lo largo del

S.XIX, de un Estado cada vez más identificado con los intereses de una sola clase, en una sociedad en que las contradicciones y los conflictos se irán agudizando hasta adquirir características de violentas confrontaciones.

A lo largo del S. XIX las relaciones entre el hombre y la naturaleza y la organización del espacio, se dan, en consecuencia, en general, al margen del interés general de la sociedad. En ello el Estado juega un rol más bien conservador -cuando no abiertamente represivo- en lugar de actuar como un agente activo del ordenamiento de esas relaciones en función del progreso del conjunto social. El espacio y la relación con la naturaleza reflejan entonces, en su organización, las grandes tendencias del desarrollo capitalista: la acentuación de los fenómenos de concentración y una competencia cada vez más feroz, tanto al interior de los espacios nacionales como a nivel internacional.

Los grandes desequilibrios y contradicciones que así se originan se traducen, muchas veces tras cruentos y costosos conflictos, en cambios radicales. A lo largo de este siglo se generaliza en la mayoría de las naciones occidentales la conciencia de la necesidad de adoptar formas más racionales de organizar el espacio y las relaciones con la naturaleza. La planificación pasa así a convertirse en la forma más avanzada de establecer esas relaciones.

Los graves conflictos sociales que afectan a las naciones capitalistas conducen, por otra parte, a sus sociedades a adquirir cada vez más conciencia de sí mismas y en consecuencia, es natural que ellos empiecen a plantearse la necesidad de lograr su propio bien, el bien general de la sociedad.

Las grandes utopías surgidas a lo largo de los siglos XIX y XX se presentarán entonces como los objetivos hacia cuya realización debe marchar, ya no sólo un segmento de la sociedad, sino toda ella e, incluso, el conjunto de la humanidad.

Las utopías nunca han dejado de estar presentes en la historia. Sin embargo, rara vez ellas fueron capaces de dar vida a grandes movimientos de masa. Durante el S. XX, en cambio, en torno a ellas se movilizan grandes sectores de la sociedad, se organizan políticamente y logran finalmente hacerse del poder.

Los regímenes políticos que así se constituyen adoptan la utopía como su ideología. El Estado pasa a ser un Estado ideológico y como tal, totalitario. El poder ha sido alcanzado sobre la base de la promesa utópica, de la realización de la utopía y el Estado se enfrenta entonces al deber de tener que construirla, de hacerla realidad. Y tanto más, cuanto que existe la convicción de que es posible, no sólo "asegurar por medio de la producción social, a todos los miembros de la sociedad una existencia no sólo plenamente suficiente desde el punto de vista material y que vaya enriqueciéndose cada día, sino que les garantice también su realización personal y el pleno y libre ejercicio de sus capacidades físicas e intelectuales, esa posibilidad hoy día es la primera vez que existe, pero existe" (Engels, 1969). El Estado se ve entonces en la obligación de tener que tomar sus decisiones de manera racional, considerando los recursos disponibles y desarrollando aquellos que son necesarios para el logro del objetivo impuesto, esto es, la realización de la utopía. En otras palabras, se ve ante la necesidad de tener que planificar.

La planificación del S. XX surge entonces como la necesidad de la realización de la utopía, lo que supone establecer relaciones diferentes con la naturaleza y organizar al hombre y al espacio buscando el máximo de eficiencia tras el logro del bien social general. Pero la planificación se identifica también con la existencia de un Estado fuerte, centralizado y más o menos totalitario.

Este hecho va a oscurecer durante décadas la discusión en torno a la planificación, transformándola en una polémica "entre quienes admitían una orientación socialista-marxista y quienes profesaban la ideología liberal inglesa del S. XIX" (Friedmann, 1959).

La polémica alcanzó especial relevancia durante las dos décadas que siguieron al término de la Primera Guerra Mundial. Durante este periodo, sin embargo, los partidarios de la planificación lograron importantes puntos a su favor. La URSS, primer Estado que adopta la planificación como método general de organización y funcionamiento de su sociedad y economía, es capaz de mostrar, al cabo de los primeros planes quinquenales, éxitos materiales sin duda espectaculares, aún cuando ellos se hayan logrado a costa de la libertad y la vida de millones de soviéticos. Mientras tanto, las sociedades capitalistas más desarrolladas, se debatían en medio de profundas crisis económicas, sociales y políticas que sumieron a millones de personas en la miseria y la desesperanza, poniendo en peligro -y en muchos casos, perdiendo- aquello que parecía ser su única ventaja: la libertad.

En los años que siguen a la Segunda Guerra Mundial, las naciones capitalistas deben enfrentar

una nueva problemática, la que plantea el desarrollo, esto es, la necesidad de responder a las demandas y satisfacer las crecientes necesidades, ya no sólo de una parte de la sociedad sino de toda ella, incluyendo a las de aquellas naciones que durante un siglo y medio a lo menos, se han ido quedando al margen del progreso y de sus beneficios y que, sumidas en la pobreza y arrastradas por la desesperanza, podrían volcarse hacia el campo de la utopía socialista.

Surge así, en los países capitalistas, la necesidad de adoptar formas más racionales y eficientes de organización, al mismo tiempo que el Estado se ve en la necesidad de asumir un rol más activo en el logro de los objetivos del desarrollo.

Se impone, entonces, también en las naciones capitalistas y democráticas, la necesidad de la planificación. El dilema para ellas reside en cómo conciliar la necesidad de esta con la libertad y los valores democráticos.

En tales condiciones, el debate adquiere una nueva dimensión. Por una parte, los partidarios del socialismo niegan la posibilidad misma de la planificación en el capitalismo, el que a lo sumo podrá realizar algunos "planes" para introducir ciertos cambios menores o dar alguna orientación a los cambios. Para ellos, la planificación "no es una simple técnica, sino un modo de funcionamiento de cierto tipo de sociedad" y, por lo tanto, "no puede haber planeación más que en una sociedad donde sean realizadas o estén en vías de realización las condiciones del socialismo, o por lo menos de su construcción" (Bettelheim, 1965).

En el mundo capitalista, algunos partidarios de la planificación, como Karl Manheim, le asignan también un contenido ideológico y la conciben como una "tercera vía" entre el liberalismo disoluto y la corrupción dictatorial, en tanto que la planificación del Estado francés es concebida como la "búsqueda de una vía media que concilie el respeto a la libertad y a la iniciativa individual con una orientación común del desarrollo" (Massé, 1964).

En definitiva, sin embargo, acaba por imponerse la visión más pragmática que concibe a la planificación simplemente como una manera de tomar decisiones y de actuar, con el fin de alcanzar la meta del bien social general. No es una solución, sino que una manera de pensar, de abordar los problemas sociales con el instrumento de la razón. En ese sentido, entonces, como instrumento, como técnica, puede servir tanto a los dictadores como a las democracias.

Si la planificación socialista surgió de la necesidad que tenía el Estado de mostrar que la utopía -que es la que lo justifica- es posible, la planificación en los países capitalistas surge de la necesidad de lograr que la sociedad en su conjunto pueda alcanzar el estado de bienestar que el capitalismo promete. En cierta medida, en ambos casos la planificación busca la realización de utopías, de modelos o paradigmas sociales, los que son presentados como el fin último y su logro, como el interés general de la sociedad.

En ambos casos, también, el Estado asume un rol preponderante. Ideológico y totalitario en un caso, regulador omnipresente, dispensador de beneficios o usurpador y dilapidador de los bienes

de todos, en otro, y siempre, impersonal y burocrático.

En cualquier caso, la idea de la planificación se ha desarrollado durante este siglo, asociada, no tanto a su carácter instrumental y técnico, sino que a su carga ideológica y como instrumento de un Estado que es percibido, cada vez más, como una amenaza para la libertad individual.

La pérdida de confianza en la planificación se ha traducido así mismo, en una desvalorización de la planificación espacial o de las políticas de organización espacial concebidas como políticas globales gestadas desde el Estado.

Este fenómeno, que afecta profundamente una forma de concebir la acción sobre el espacio y, en consecuencia, el quehacer mismo de la geografía y de los geógrafos, se ve reforzado por el escaso éxito que, en general, ha tenido la planificación espacial.

En efecto, en la mayoría de los casos, la planificación espacial no ha podido superar la etapa del mero proyecto, traduciéndose tan sólo en una impresionante acumulación de documentos, sin que hayan alcanzado la fase de realización, generalmente por falta de financiamiento o porque la dinámica social -siempre más rápida que los planificadores- los ha dejado obsoletos.

En otros casos, más raros, cuando los planes han podido ser llevados a la práctica, sus efectos han sido escasos, nulos o incluso, contrarios a los esperados. Muchas veces estas situaciones tienen su origen en insuficiencias en la elaboración de los planes o en la incapacidad para traducirlos correctamente a la realidad o a modificaciones

posteriores introducidas por los intereses políticos o de grupos particulares.

Es indudable que la planificación en general y la planificación espacial en particular, se encuentran en crisis y que, en el último caso, ésta afecta a un aspecto muy importante de la actividad de los geógrafos. Sin embargo, a lo largo de esta crisis que, como hemos visto, es una crisis global de la sociedad contemporánea, han ido surgiendo los elementos que permitirán, sin duda, superarla e iniciar una nueva fase en las relaciones entre el hombre y la naturaleza y en la manera en que se organizan las relaciones sociales en el espacio.

Sin pretender por el momento profundizar en ello, ni menos establecer alguna jerarquía, es posible, al menos, mencionar las tendencias más significativas que se expresan hoy en el seno de la sociedad:

- la aspiración y la voluntad de las personas y de los grupos y comunidades sociales de asumir, autónomamente, su propio destino;
- la revalorización de la libertad y de la democracia como valores esenciales de la persona y de la sociedad;
- la revalorización de la naturaleza y de la situación del hombre en ella y respecto de ella;
- la revalorización de los espacios cotidianos y de su relación con la calidad de la vida y en consecuencia, la aspiración a asumir directamente la gestión de estos;
- la valoración de la heterogeneidad social y el reconocimiento de las diferencias y del derecho de ellas;
- la aspiración a la igualdad de posibilidades y a la no discriminación por razones de clase, raza, sexo, religión o convicciones políticas;

- la valoración de la paz, interna y externa y la solución de los conflictos a través de la negociación y por mecanismos democráticos;
- la revalorización de la cultura como factor esencial de la permanencia y del cambio en la sociedad.

El desarrollo de estas tendencias en la sociedad actual abre paso a nuevas formas de relación con la naturaleza y de reorganización del espacio. Le abre también, en consecuencia, nuevas perspectivas a la geografía y a los geógrafos, pero sólo en la medida en que estos sean capaces de abandonar sus viejos reductos académicos, sus posiciones burocráticas y sus actitudes y conductas tecnocráticas y tengan la sensibilidad suficiente para captar y comprender las aspiraciones de la sociedad y contribuir, desde la especificidad de su saber, a la creación de las condiciones que permitan la realización de aquellas

BIBLIOGRAFIA

- Bettelheim, Charles, Planificación y crecimiento acelerado, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
- Bodin, Jean, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (trad. P. Mesnard), Alger, 1941.
- Ibid, *Les six livres de la République*, Garnier, Paris, 1955.
- Dahl, Robert A., The Political of Planning, *International Social Journal*, vol. Nº3, UNESCO, Paris, 1959.
- Dockès, Pierre, *L'espace dans la pensée économique*, Flammarion, Paris, 1969.
- Engels, Frederich, *L'Anti-Dürigh*, Editions Sociales, Paris, 1969.
- Friedmann, John The study and practice of planning, *International Social Science Journal*, Vol. Nº3, UNESCO, Paris, 1959.
- Gottman, Jean, Vauban and the modern geography, *Geographical Review*, Vol. XXXIV, Nº1, N.Y., 1944.
- Massé, Pierre, *El plan o el antiazar*, Ed. Labor, Barcelona, s/f.
- McLoughlin, J. Brian, *Urban and regional planning*, Faber and Faber Ltd., London, 1969.
- Mannheim, Karl, *Freedom, power and democratic planning*, New York, 1950.
- Proudhon, P.J., *Sistemas de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, Librería de A. Durán, 2 vol., Madrid, 1870 - 72.
- Suárez, Pablo, *Praxiología, planificación y acción social*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Sinaloa, México, 1986.
- Vauban, Sébastien, *Oisivetés*, Paris, 1933.
- Herfindahl, Orris, C., *Los recursos naturales en el desarrollo económico*, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.
- Weber, Max. *Historia económica general*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.